
La eficacia invisible, reflexiones de un observador

Fernando Velasco Fernández

Celebramos el veinte aniversario de la aprobación de la ley que dio lugar al Centro Nacional de Inteligencia (CNI) y que ponía de manifiesto que cuando una idea o una institución ya no es útil y se afana en sobrevivir, lo que crea es malestar y lo que genera es ineficacia. Ahora debemos aprovechar este aniversario para pensar y repensar cuál es la «misión-visión y valores» de los servicios de inteligencia en un sistema democrático.

Nos dice J. W. Goethe que «todo lo inteligente ya ha sido pensado; sólo hay que intentar pensarlo una vez más». Lo que no construye nunca es: lo falso, lo violento y la total indiferencia a la verdad.

Nuestro acercamiento al ser humano y a su mundo viene desde: la biología, la política, la sociología, la filosofía, la religión... y, también, desde la seguridad y los servicios de inteligencia. Se trata de distintas formas de acercarnos a lo mismo: las personas y su mundo.

No se puede valorar lo que no se conoce. Igual que Hannah Arendt, nosotros también queremos comprender. Analizar para comprender nuestro mundo real y comprender el qué y el porqué de lo que sucede, para así orientarnos mejor y ver nuestro papel en dicho mundo. Sólo desde aquí, se podrán tomar decisiones adecuadas. La ausencia de sentido es lo que nos crea incertidumbre e inseguridad.

Nuestro mundo, entre otras características, es de contrastes: un gran desarrollo económico junto con situaciones de extrema necesidad; democracias junto con totalitarismos; situaciones de «paz» y «seguridad» junto a la guerra y la inseguridad más absoluta; Internet y redes sociales junto con la completa ignorancia sobre el significado de lo que ocurre...

Siempre tendremos personas queriendo realizar acciones buenas junto a personas que militan en la maldad y en cada una de sus versiones. Al ser humano le mueve la ambición, el poder, sentimientos diabólicos, junto con la bondad, la generosidad, la fraternidad...; como dice Heidegger, «nos sentimos arrojados a este mundo», pero también como invitados a él, tenemos deseos de intentar vivir en él de la mejor forma posible. De igual forma, los sentimientos de miedo, ira, odio, poder, orgullo, bondad, solidaridad... son iguales en todos. Lo que se siente es único y a la vez universal. ¿Es posible la seguridad allí donde reina el ser humano?, ¿o lo más a lo que podemos aspirar es a conseguir cierta tranquilidad?

La comunidad humana siempre ha tenido que acostumbrarse a vivir con cierta sensación de inseguridad. En definitiva, el miedo que acarrea la convivencia. Sin olvidar que una de las mejores especialidades del ser humano es la capacidad que tiene para compliarse la vida. Quizás el problema no esté tanto en las nuevas situaciones, como en nosotros y en nuestra miopía tendente a reducir nuestro campo de visión y a no ser conscientes de lo poco que se ve y se conoce desde ahí.

A estas alturas del siglo XXI, uno tiene la sensación de que existe toda una tradición de decisores dedicados a cultivar y a tomar decisiones (lo llaman realismo político, económico, ...) demasiado aburridas, por rutinarias y simples (si no fuera por sus consecuencias). No son conscientes de que la «seriedad» también puede ser estúpida. En definitiva, es más de lo mismo: guerras en sus distintas versiones («fría», «híbrida»...), nacionalismos... Lo peor es que, todo ello, lo hemos asumido con una tranquilidad pasmosa a cambio de muy poco y creyendo que es lo normal. Bien es cierto que, el hecho de venir haciendo y diciendo las cosas de la misma manera y del mismo modo, no es razón suficiente para continuar haciéndolas de la misma manera. ¿No hay otra salida? ¿Cómo se puede huir de todo esto?

La «posibilidad» forma parte de la realidad y la conforma. Es la que nos hace salir de lo vigente para intentar nuevas posibilidades. Como nos recuerda Antonio Machado, «sólo los tontos creen que el presente es el único estado posible de las cosas». Es posible otro mundo y ese otro mundo puede estar definido por otros criterios que no sean la fuerza, ni la desconfianza, ni el miedo. La pregunta es ¿qué construir entre la «bondad angelical» y el «puro pragmatismo»? Sabiendo que si el mundo fuera perfecto no necesitaríamos policías, ni jueces, ni servicios de inteligencia, etc., y que tenemos un mundo imperfecto e inseguro, de lo que se trataría es de hacerlo lo más habitable posible.

Junto con la condición de posibilidad no podemos olvidar que la interdependencia es la nueva realidad, que todo tiene que ver con todo y que todo está conectado entre sí. Lo que sucede en el mundo nos afecta directa o indirectamente a todos. La cuestión está en cómo hacemos comprensible y asumible que el problema de cualquier individuo, de cualquier país, es también un problema de todos los demás. Por tanto, «nada existe fuera del todo» (Nietzsche), porque «todas las cosas son una» (Heráclito). Existe

una dependencia universal. Nuestro presente es el resultado de un continuo de decisiones. Nuestras situaciones no están predeterminadas, son siempre el resultado de las decisiones y las omisiones de las personas.

La eficacia invisible: los servicios de inteligencia

Toda institución u organismo del tipo que sea, por principio, tiende más a perpetuarse que a renovarse. Deben reconsiderar los fundamentos y principios de su razón de ser (misión-visión-valores). Las cosas cambian continuamente y nosotros debemos ir adaptándonos a medida que se producen esos cambios. No hay ningún heroísmo en mantener lo obsoleto, lo ineficaz.

En 2002 se aprueba la nueva ley para la creación de lo que se llamaría Centro Nacional de Inteligencia que ponía de manifiesto la necesidad de un cambio por parte del servicio de inteligencia español para reorientar su misión, visión y valores. En definitiva, su papel en un Estado de derecho y en la vertebración de una sociedad democrática. Los servicios de inteligencia constituyen un recurso formidable para la defensa de los intereses de un país y su seguridad.

El peligro de las instituciones es que se presenten como liberadoras y se conviertan en controladoras, y ello en nombre de la libertad. Cuando una institución no rinde homenaje a lo que dice y representa, se produce su cuestionamiento y genera desconfianza y falta de credibilidad. A lo largo de la historia, algunos servicios de inteligencia han alardeado de ser servidores demasiado apasionados de las peores dictaduras y ejecutores de actos inadmisibles, convirtiéndose en instrumentos del poder, santificando los actos más infernales en nombre de la patria, el progreso, la seguridad nacional, etc.

Frente a esta forma de entender los servicios de inteligencia está la que parte y se fundamenta en un Estado de derecho. En este sentido, el servicio de inteligencia español es de los más garantistas de su entorno. Un servicio de inteligencia que no sirve a los ciudadanos desde el Estado de derecho es un absurdo, aunque a algunos les resulte muy «útil». Frente a este servicio de inteligencia que produce una «inteligencia cínica», se pone de manifiesto que es posible y eficaz un servicio de inteligencia bajo controles judiciales, políticos y presupuestarios.

Es cierto que, como decía Heráclito sobre la naturaleza, a los servicios de inteligencia también les gusta ocultarse y pasar desapercibidos. No es la ocultación como forma de mentira, es la ocultación como forma de eficacia. Entonces, «¿de lo que no se puede hablar, hay que callar?» (Wittgenstein): No. De los servicios de inteligencia debemos y tenemos que hablar. Además, es una constante que las cosas que no nos resultan accesibles y trasparentes tienden a convertirse, casi simultáneamente, en sospechosas. De ahí la necesidad de transparencia y credibilidad ya que contra lo que lucha la transparencia es la desconfianza. Transparencia que, por otra parte, no puede ir en contra de la eficacia que se le requiere a un servicio de inteligencia.

Los ciudadanos tienen la responsabilidad de plantearse toda una serie de preguntas para poder contribuir a un relato serio y riguroso sobre los servicios de inteligencia. Entre esas posibles preguntas a las que deberíamos responder, destacamos: ¿Qué es un servicio de inteligencia y qué da lugar a su existencia?; ¿son los servicios de inteligencia de esos organismos esenciales para los gobiernos?; si no existieran los servicios de inteligencia, ¿nuestras sociedades serían menos seguras y nuestros gobiernos menos eficaces?; ¿deberían cambiar sus estructuras internas de funcionamiento para afrontar mejor los retos y las oportunidades del siglo XXI? Y si es así, ¿en qué dirección?; ¿qué puede decir un

servicio de inteligencia sobre él mismo y qué tiene que ocultar para poder ser eficaz?; entonces, ¿por qué un servicio de inteligencia necesita del secreto?; nuestros representantes, ¿saben para qué sirve un servicio de inteligencia y qué cosas se les pueden pedir y cuáles no?; dado que los servicios de inteligencia están ahí y existen, ¿cómo se presenta eso que existe y que está «medio oculto y callado» a nuestra sociedad?; ¿qué vías tendríamos que encontrar para poder trabajar por una mayor cooperación entre servicios de inteligencia y sociedad-mundo académico?; ¿cómo lograr la implementación de lo que venimos denominando una «inteligencia compartida»? Y todo ello sin olvidar el preguntarnos: ¿se puede luchar contra la inseguridad y defender los intereses de un país desde la defensa de la legalidad y el respeto a la ética?; la ética, ¿les hace a los servicios de inteligencia perder eficacia?; cuando se habla de ética en los servicios de inteligencia, ¿se trata de algo más que de una «pasarela de moda ética»?

El responder a estas preguntas nos ayudaría a entender qué es y para qué sirve un servicio de inteligencia en un sistema democrático.

«Nuestra fuerza es la inteligencia»

Este es el lema o eslogan que conmemora el veinte aniversario de la ley que pone en marcha el Centro Nacional de Inteligencia.

La finalidad de un servicio de inteligencia es facilitar la toma de decisiones al decisor. En este caso, al presidente del Gobierno. Este es su cliente. Con una singularidad: el «secreto» como instrumento de seguridad. El resultado o el producto final es lo que se conoce como inteligencia, que es clave para la seguridad y defensa de los intereses nacionales.

Una de las peculiaridades que marca la diferencia en los servicios de inteligencia es el análisis de inteligencia. Para que la inte-

ligencia sea un «factor de fuerza» se necesita del llamado «ciclo de inteligencia» como herramienta de trabajo, donde el análisis de inteligencia se convierte en un factor clave y determinante.

Analizar es una actividad que puede realizar cualquiera. Es el «pensar en acción», enfocado a la toma de decisiones. Analizar siempre es definir. Definir es interpretar. E interpretar es delimitar. Analizar es reducir datos e información a una cierta unidad de valor añadido para poder decidir mejor. De esta forma, al aportar valor, se optimiza el proceso de toma de decisiones. Teniendo en cuenta que esto siempre es una lucha contra el tiempo.

La información y los datos nos dicen cómo son las cosas, pero nada más y analizarlos puede conllevar poco tiempo de leer, pero mucho tiempo de analizar y entender. Una cosa es tener los datos y otra saber analizarlos. Una cosa es ver el problema y otra ayudar a resolverlo. Estamos repletos de datos, llenos de información, pero no sirven de casi nada sin el tamiz del analista. Son señales o indicadores que nos ayudan a conocer la carretera y a elaborar nuestro propio mapa para poder decidir la mejor ruta. Es cierto, como venimos diciendo, que los datos son el «petróleo» del siglo XXI, pero sin olvidar que la «refinería» es el análisis. Lo que cuenta no son los datos, sino el análisis que arroja luz sobre ellos al igual que una lámpara. El buen analista no se diferencia tanto por lo que conoce, sino por cómo conoce el mundo, es decir, por la forma en que su mente interpreta y da valor añadido a lo que está ahí para ser conocido.

Nosotros también consideramos que «no hay nada oculto, salvo para revelarlo, ni tampoco nada secreto, excepto para salir a la luz» (Marcos, 4,2). Esa es la tarea del análisis de inteligencia: revelar y sacar a la luz el sentido de los datos, de la información, de los hechos... Un buen análisis de inteligencia es más inteligente que su autor. Un buen análisis de inteligencia es capaz de decirnos cosas que ni siquiera el analista es consciente, ni había previsto. Si

un análisis de inteligencia no deja al decisor en mejores condiciones para decidir que como estaba antes, no ha cumplido su objetivo.

Contra esta seguridad: hacia una seguridad sostenible y vital

Una de las tareas más importantes de un servicio de inteligencia es la de contribuir a la seguridad de su país. Por ello, el cuestionarnos el concepto de seguridad vigente, implicaría también el tener que reconsiderar la «misión, visión y valores» en los servicios de inteligencia.

Partimos de que el ser humano no ha nacido en un estado de seguridad. La inseguridad afecta tanto a la dimensión física de las personas, como a la espiritual y moral. Ante esta situación, el ser humano ha tenido que ir conquistando espacios de seguridad que, a su vez, muchas veces han creado inseguridad.

De igual forma que Goethe decía que «la libertad debe ser reinventada en cada generación», la seguridad también.

Si para Homero la guerra era «la fuente de todas las lágrimas», la seguridad es la fuente de todas las libertades. Todos sabemos que la seguridad no es un fin, sino un medio para llegar al máximo de libertad posible. Por eso, quienes convierten la seguridad en un fin, acaban dogmatizando la seguridad y falseando la libertad.

No existe una «seguridad nacional», ni «patriótica», ni de «clase»; ésta pertenece a todos y por eso tiene que implementarse en todo el mundo y para todos; es lo que Hannah Arendt llama *amor mundi*. Es la seguridad que afecta directamente a cada uno de los seres humanos y donde «el ideal (como nos recuerda Ortega y Gasset) sería hacer de cada cosa el centro del universo».

Todo esto nos lleva a tener que redefinir qué es lo seguro para toda la humanidad, ya que, sin intención de generalizar, uno tiene

la sensación de vivir en una «gran farsa»: por un lado, la estulticia política; por otro, el espíritu mercantil-cínico; y, por último, unos ciudadanos inactivos que miran a sus líderes con actitud de conformismo y alma de resignación.

Necesitamos otro modo de pensar la seguridad y, por tanto, la vida. Como nos recuerda Aristóteles, «el acto del conocimiento es la vida» y servir a la vida. No se trata de escoger la opción «menos mala», intentemos escoger, por una vez, la elección «menos buena». No debemos olvidarnos de que, pese a todo, vivimos en el mejor de los mundos posibles. Es la época «menos mala» de nuestra historia, al menos para algunos.

No podemos continuar sin decir algo sobre los llamados «realistas». Esos que consideran que estar en contra del concepto de seguridad vigente es una actitud ingenua. Por nuestra parte, con Ernest Bloch, decimos que «somos realistas, pensamos lo imposible» y, por ello, tenemos conocimiento de que el mal existe. Sabemos que la seguridad a través de la fuerza, el miedo y la desconfianza es irresponsable, abusiva y crea inseguridad. De esa seguridad no podemos esperar más que lo que ya vemos y sabemos. No da más de sí. Se fundamenta en la fuerza «dura», en el miedo, la desconfianza, en ver al «otro» como enemigo, etc.

El «otro» como fundamento de la seguridad. Es preciso, por tanto, pensar e implementar políticas que consideren que de mi seguridad forma parte la seguridad de los otros. Si a ese otro (individuo, nación...) lo considero alguien a quien temer, de quien desconfiar y del que tengo que protegerme utilizando la fuerza, lo que conseguimos es crear inseguridad.

El verdadero punto de partida para lograr un mínimo de seguridad es el otro. Como nos recuerda Leibniz, «el lugar del otro es el verdadero punto de perspectiva, tanto en política como en moral». Sólo poniéndonos en el lugar del otro «estarás (insiste Leibniz) en el verdadero punto de vista para juzgar lo que es justo

y lo que no lo es». Por tanto, consideramos como un buen comienzo el revisar el concepto de seguridad desde la idea de Leibniz y la máxima de Husserl: «El otro es el primer hombre y no yo». El otro se convierte en el elemento principal del «ser en el mundo». De esta forma, la seguridad del otro es la primera seguridad y no sólo la mía. La seguridad tiene que ser global o no es seguridad completa.

El concepto de seguridad tradicional, como constructo humano, ha sido muy «útil», pero también arbitrario y limitado, al no incluir a todos. El individuo concreto, el único y real, necesita sentirse seguro para poder desarrollarse libremente.

Pertenece a una humanidad y a un planeta que compartimos en común. Hay que recuperar la dimensión de universalidad frente al resurgir de los nacionalismos. Conseguir seguridad sólo para mí, para mi gente, mi nación, etc. es una farsa para «idiotas». Una «seguridad sostenible» se tiene que dar y encontrar en todas partes porque de lo contrario, lo que resulta «seguro para la araña, es muy peligroso para la mosca». Esta seguridad parcial no protege a todos, aunque tranquilice a una parte. Es preciso un «pacto por la seguridad», por una «seguridad sostenible» y que incluya a todos. Cuando no hay seguridad global, no tenemos libertad ni justicia y, difícilmente, es posible la democracia. Parafraseando la «regla de oro» de Kant, se trataría de ese principio según el cual nuestra seguridad se podría considerar efectiva, sólo si podemos decir de ella que estamos dispuestos a verla convertida en seguridad universal, aplicable a todos.

Todo este planteamiento nos está indicando que ese «pacto por la seguridad» implica y supone el trabajar por lograr una «seguridad sostenible y vital». No puede haber una seguridad «sana» en una sociedad insegura. No resulta coherente que los mismos que hablan de seguridad, sean los que, a su vez, crean inseguridad económica, laboral, medioambiental, etc. ¿Qué seguridad es esa

que no nos asegura una vida digna y pone en cuestión a la democracia?: es una seguridad de «mentiras oficiales». La inseguridad que acarrea la pobreza, la desigualdad, el desempleo, la inmigración, los desastres medioambientales, las pandemias... no es admisible, ni tolerable.

Pensar la «seguridad sostenible y vital» es empezar a pensar en los Objetivos del Desarrollo Sostenible (ODS-ONU). Todo lo que no vaya en esa dirección, limita la seguridad y nos impide salir de donde nos encontramos: la inseguridad. La seguridad vigente no nos sirve porque, en parte, la hemos separado de la vida. El ser humano real (no en abstracto) necesita de una «seguridad vital» que le permita un mínimo de confianza para afrontar la vida.

El proyecto de un «pacto por la seguridad», les exige también a los servicios de inteligencia un replanteamiento de su «misión-visión-valores». La idea de que los servicios de inteligencia puedan seguir trabajando desde el concepto de seguridad vigente es el verdadero «pecado original» que deforma y distorsiona mucho de su trabajo. No podemos hablar de «seguridad sostenible y vital» sin un servicio de inteligencia trabajando también en esa dirección.

El ciudadano como factor clave. Como ciudadanos, en mayor o menor medida, hemos hecho dejación de nuestras responsabilidades en asuntos de seguridad al dejarla en manos de expertos y centrarnos en nuestros propios asuntos. Hablar de seguridad y decidir sobre cuestiones de seguridad, no es el privilegio exclusivo de unos cuantos representantes. Es demasiado cínico por nuestra parte echarle, exclusivamente, la culpa a nuestros representantes. Hay y existe una corresponsabilidad. Una responsabilidad también nuestra. Esta seguridad que «disfrutamos» es la continuación de las decisiones y de las omisiones tomadas. De las decisiones y omisiones que nosotros tomemos en el presente, dependerá el futuro.

Por nuestra parte, esperamos que como en el episodio de «el loco» de Nietzsche, nosotros podamos afirmar algún día, que esta

seguridad vigente ha muerto y que la hemos matado todos nosotros por algo mejor: una seguridad más sostenible y vital.

Hacia la inteligencia del futuro: la transinteligencia

Junto con el tema de la seguridad, otro de los retos que afecta a los servicios de inteligencia es lo que denominamos «transinteligencia».

El rápido desarrollo tecnológico del mundo de hoy requiere ser digerido a mayor velocidad que anteriormente. Esta inmediatez provoca inseguridad e imposibilita la plena libertad. Proponemos un acercamiento a la «*transinteligencia*» como forma de superación de los límites impuestos por la naturaleza humana a las formas de trabajar de los servicios de inteligencia, siendo conscientes de que los servicios de inteligencia tienen sus limitaciones y sus vulnerabilidades, la *transinteligencia* tendría por objetivo: integrar los avances tecnológicos al factor humano como un todo para mejorar su eficacia. No se trataría de verter «vino nuevo en odres viejos».

Ante este panorama la cuestión que se nos plantea es saber qué hacer con la tecnología y cómo construir con su ayuda un servicio de inteligencia más eficiente y eficaz. En torno a ello, surgen múltiples consideraciones profesionales y éticas que conviene incorporar: ¿qué papel jugaría la figura del analista tradicional?, ¿qué tipo de inteligencia y de seguridad queremos construir?, ¿quién será responsable de estas decisiones y sus consecuencias?, ¿y ante quién o quiénes? Ya que cuanto mayor es nuestro poder, mayor es también nuestra responsabilidad.

En este sentido, es esencial la existencia de un servicio de inteligencia como institución abierta, dotada de gran flexibilidad y capacidad de integración que repiense radicalmente su misión, visión y valores y recordando que, allí donde existe un gran poder, existe también una gran responsabilidad.

Cultura de inteligencia e inteligencia compartida.

Los servicios de inteligencia tienen también otra tarea. La tarea de trabajar para no aceptar los términos que utiliza parte de la sociedad para definirlos y darlos a conocer. Todo el proyecto de lo que se ha llamado «cultura de inteligencia» ha venido trabajando en esa dirección.

Los servicios de inteligencia tienen que, por un lado, ser conocidos, pero no como nos los transmiten determinadas películas, series de televisión o medios de comunicación, relacionándolos únicamente con lo que se conoce como las «cloacas del Estado»; y por otro lado, explicar cómo se relacionan y comunican con la sociedad.

El ciudadano tiene que saber de sus servicios de inteligencia y que trabajan por la calidad de la seguridad, por los intereses de los ciudadanos, por la democracia, etc. ayudando al gobierno a tomar las mejores decisiones.

Lo mejor que pueden hacer los servicios de inteligencia y la sociedad es invertir en confianza. En este terreno, lo que más cuenta es la confianza que se es capaz de generar y la credibilidad que un servicio de inteligencia y la sociedad están dispuestos a inspirar.

Por otra parte, tenemos que decir que no existe ninguna institución u organismo que lo sepa todo y los servicios de inteligencia tampoco lo saben todo. Hoy se pone de manifiesto, y en ello se está trabajando, que la colaboración con el mundo académico y la sociedad por parte de los servicios de inteligencia no es algo «curioso» o para dar una buena imagen. Es una necesidad. La relación con el mundo académico es una excelente vía para algo cada vez más necesario: *compartir inteligencia*. Es más, cualquier institución u organismo, por muy bueno que se considere, pero que tenga la desgracia de decidir mantenerse aislado durante demasiado tiempo

acaba volviéndose «conservador» y «retrógrado» e inevitablemente inservible, por mucho que no se quiera reconocer.

*La ética como elemento vertebrador
de los servicios de inteligencia*

Existe una serie de cuestiones que, desde los orígenes del mundo, se constituyen también en las más universales, en cuanto que nos definen tanto personal como institucionalmente: qué debemos hacer y cómo debemos vivir; dónde quiero estar y para qué queremos actuar. Todas estas preguntas nos afectan de lleno y nos hacen ver que se necesitan transformaciones en el ámbito político, económico, social, etc., pero, a su vez, están suponiendo la necesidad de cambios éticos.

Una de las funciones serias y a llevar a término por una democracia es la de abordar la ética de su servicio de inteligencia. La ética representa y simboliza, entre otras cosas, la posibilidad de ser eficaz y no a cualquier precio.

El objetivo de un servicio de inteligencia, como en el juego del ajedrez, es conseguir dar «jaque mate» y ganar la partida; es lograr la mejor inteligencia posible con todos los medios factibles y viables, pero no por cualquier procedimiento. Ser eficaz, tener ideales, poseer notables objetivos es algo valioso y fundamental, pero es más importante no incurrir en nombre de esos grandes principios (por ejemplo, la «seguridad nacional») en falsedades, arbitrariedades o atrocidades. Entonces, la cuestión es: ¿qué papel juega, o mejor, qué sentido tiene la mentira, la violación de la intimidad, sustraer información y otro tipo de acciones, cuando con ellas se trata de defender una buena causa? «Soy muy ignorante (nos dice Kafka), pero la verdad existe igualmente». No se puede sentir segura una nación, si los métodos que utiliza para

conseguirlo no están a la altura y en coherencia con los valores democráticos y éticos que se promulgan y se defienden públicamente. Cuando uno está desprovisto de referentes éticos y democráticos, todo sirve para legitimar cualquier tipo de decisión, incluidas las más aberrantes. Se justifica la violencia, se racionaliza la injusticia. Nadie se siente culpable y, por lo tanto, nadie es responsable.

Una de las aspiraciones más dignas de una institución u organismo y, por tanto, del ser humano es ser, no sólo técnicamente competentes, sino también éticamente responsables. Es tratar de pasar por este mundo como caminamos por un hospital, intentando contaminarnos lo menos posible. Como decía Rosa Luxemburgo, «ser una buena persona es lo único que cuenta».

Por nuestra parte, consideramos que la democracia saldría reforzada si se trabajara para la implementación de otro concepto de seguridad que no es el vigente. Otra seguridad es posible y se encuentra en este mundo: «la seguridad sostenible y vital». De lo contrario, los relatos y los mensajes de los «portavoces del miedo», siempre están abriendo las posibilidades a todo tipo de autoritarismos. Ver lo que está pasando en Ucrania ahora, como otras problemáticas y conflictos anteriores, no es buena escuela de futuro.

F. V. F.